

ANTIGUO MODO DE VIAJAR POR LA MONTAÑA DEL QUINDIO

La litografía de los señores Martínez Hermanos acaba de producir un paisaje, dibujado en la piedra por el señor Ramón Torres Méndez, que representa el modo de viajar por algunas de nuestras montañas; paisaje que debe llamar la atención de los curiosos, tanto de los que han atravesado las cordilleras como de los que solamente han dado la vuelta alrededor de su cuarto, como Mr. de Maistre. Este último modo de viajar no es raro entre las señoritas, de las cuales algunas lo más que han extendido el radio de sus excursiones es hasta Chapinero, el Salto o Serrezuela.

Es el caso que compré en días pasados uno de esos paisajes que dije, y, como quien no quiere la cosa, fui a ponerlo a los pies de la señorita de Tres Estrellas. La señorita lo merece, dígase lo que se quiera: la justicia por delante. Hé aquí un fragmento del diálogo a que dio margen mi obsequiosa galantería:

—¿Usted ha pasado el Quindío?— me preguntó.

—Lo mismo que si lo hubiera pasado, le contesté, porque me sé al dedillo el modo de viajar por algunas de nuestras grandes cordilleras: el Guanacas, Sonsón, Herveo, Barragán y.... qué se yo!

—¿Es decir que usted es todo un doctor en esto de malos pasos?

—Sí, señora, respondí sonriéndome, y también en esto de pasar malos ratos.

—En cambio de algunas horas deliciosas, ¿no es verdad?

—Sí, verdad es.

—Y cuando llueve, ¿qué se hace por allá?

—Dejar caer el agua.

—¿Pero no hay casas en esa montaña?

—En 1842 no había más que una casucha a la entrada y otra a la salida. Ahora dicen que hay casas y tambos

en La Palmilla, Las Tapias, El Moral, Buenavista, Toche, La Colorada, las Cañas y Piedra de Moler; y dos poblaciones nacientes, una en Boquía y otra en La Balsa, poblaciones que apenas merecen el nombre de tales.

—Bien: ¿y qué representa esta lámina?

—El modo de viajar por la cordillera. Ese que ve usted casi desnudo, es un formidable ibaguereño que lleva sobre las espaldas a un individuo, sentado sobre una silleta hecha de guaduas muy livianas, pero de mucha consistencia. El viajero lleva encogidas las piernas y apoyados los pies en una tablilla. El carguero se apoya en el bordón que maneja con la derecha, siendo de advertir que si es antioqueño no lo usa. La selva primitiva, como usted puede ver, está dibujada con bastante naturalidad y desembarazo. Esos grandes árboles, esos troncos, esas enredaderas que cuelgan formando risueños pabellones de verdura, en fin...

—Yal yal me hago cargo por lo que conozco. Muchas leguas de montaña, y subidas, bajadas, ríos y torrentes, precipicios y despeñaderos, de todo eso hablará por allí...

—Sí, señora, con sobrada abundancia.

—Y ¿quién será ese de la ruanita pintada?

—A lo que comprendo, el artista quiso pintar a uno de los senadores de la república, que viene al congreso, hombre enjuto de carnes, macilento de rostro, pensativo y distraído, que habla consigo mismo algunas veces y manotea, cual si estuviera perorando en el congreso, en cuyas sesiones no se atreve a chistar palabra. Aquella que ve usted sobre otro carguero es la esposa del senador, muchachota alegrosa, de veinte y seis años, que pesa nueve arrobas quince libras, y cuya rolliza humanidad hace pujar, sudar, estremecerse y aun maldecir a veces al miserable carguero. Y ese otro que se divisa, trepando por allá arriba en el último término del cuadro, lleva a un muchacho, hijo del cejijunto senador, que viene a estudiar en un colegio de Bogotá, para salir tan doctor y tan hábil como su señor padre, ni más ni menos.

—¿Y cómo sabe usted todo eso?

—No es que lo sé, sino que me lo figuro.

—¡Qué paisaje tan bonito, señor! ¡Qué bonito! ¿Y qué dirán en Europa de nuestro modo de viajar, a mediados de este siglo tan vaporoso, tan civilizado?

—Dirán lo que se les antoje. Cada uno viaja como puede; y en la Cordillera de los Andes, mientras se establecen los ferrocarriles, lo cual no tardará muchos siglos, debemos dar gracias a Dios si conseguimos un carguero robusto, de anchas espaldas y fornidas piernas para que nos conduzca; gracias debemos darle también si hallamos un árbol caído que haga las veces de puente sobre un río invadeable; gracias si encontramos un tambo donde pasar la noche; gracias si no nos muerde una culebra o no nos devora un tigre; gracias si no nos hace tuertos una rama atravesada, y si el carguero sale de paso, en vez de salir de trote; y gracias últimamente, si no nos *riega* por el suelo, como le sucedió al Libertador Simón Bolívar en cierta ocasión.

—¿Y quién habrá dibujado ese paisaje? —me preguntó mi amiga.

—¿Pues quién, sino nuestro célebre artista y compatriota Ramón Torres?

—Ah! ya se me había puesto que él había de ser! Si usted me guardara el secreto, añadió con tono misterioso, le recitaría un soneto compuesto en elogio de dicho Torres —tal vez con motivo de ese u otro paisaje— y se me ha quedado en la memoria.

—Bien! Prometido y ofrecido: sírvase usted recitármelo, que, pronunciados por esa linda boca, deben sonar muy bien aun los peores versos; y si son de usted, deben sonar mejor.

—Yo no sé cómo sonarán. El soneto dice así:

El azul de los cielos, el celaje,
Las caprichosas nubes, el torrente
Y las palmas que ciñen la ancha frente
De la cascada en medio del paisaje,

Imita tu pincel; y hasta el ropaje
De púrpura y de rosa transparente
Con que se adorna el sol en Occidente...
Mas no iba hablarte de eso: me distraje.

Al niño, al hombre, a la mujer hermosa
Copia tu mano con destreza suma,
Los ojos engañando artificiosa;

Y por eso es en balde que presuma
Disputarle la palma victoriosa
A tu pincel la más gallarda pluma.

—¿Se acabó el soneto?

—Sí, señor, creo que está cabal, si no me he comido algún verso.

—Me figuré que tendría estrambote.

—Si usted lo halla estrambótico, la culpa es del que lo hizo, y a lo menos, en gracia del asunto, merece alguna indulgencia.

—No sólo una merece, sino muchas, y aun plenarias. Creí que usted conocía lo que llaman los poetas *estrambote*, y que yo llamaría *pegote*: añadidura que los antiguos hacían después de los catorce versos de ordenanza. Y esto le probaré a usted que estaba encantado oyéndola recitar el soneto, puesto que aguardaba y deseaba que se alargase.

—Verdaderamente, algunos poetas estiran y alargan sus pensamientos, como si fueran de caucho, para no tomarse el trabajo de buscar otros nuevos.

—Lo que llamaba Larra con mucha propiedad *desleir* el pensamiento.

—Pues! para sacar la sexta dilución....

—Pero, en fin, señorita, mil gracias por su fineza. ¿Sabe usted quién compuso ese soneto, si es que no lo hizo usted?

—Sí, señor, lo sé; pero no se lo puedo decir.

—Bien! Será porque yo no pude decir a usted los nombres del senador y de la senadora que tiene usted delante de los ojos. Justa represalia!

—Si usted quisiera darme algunos informes más sobre ese peregrino modo de viajar en cabalgadura humana.... porque, en fin, puede ofrecérseme algún día, y nunca está por demás....

—Sí, señorita, con mucho gusto continuaré mi descripción, que no será tan buena que merezca un soneto, pero sí verdadera. Figúrese usted que sale uno de la hermosa población de Ibagué, que, aunque pajiza en su mayor parte, tiene un aspecto risueño y agradable. Esta población, hoy capital de provincia, demora, como usted lo sabrá, al pie de la gran Cordillera Central de los Andes, que es esa que vemos desde Bogotá cerrando nuestro horizonte por el Occidente,

en último término, y que eleva sus crestas de plata, entre las cuales domina el pico del Tolima, que en las mañanas y tardes despejadas se divisa claramente. Sale, pues, el viajero de esa ciudad, que la tradición ha hecho célebre por las antiguas invasiones de los belicosos indios pijaos y por la famosa lanza de don Baltasar, en que dicen que los ensartaba, como escorzone-
ra, hasta de a ciento cincuenta.

—Sí, ya recuerdo los versos de la novena de la Lanza, que se adoraba en Ibagué:

Y era tanta la pujanza
Del señor don Baltasar,
Que dicen llegó a ensartar
Ciento cincuenta en la lanza.

Y el pueblo respondía en coro el estribillo:

Lanza, no caigas al suelo,
Porque vienen los pijaos.

—¿Y quién sería ese don Baltasar?

—Parece que era un indio principal, bautizado y convertido al cristianismo, el cual ayudó a los españoles en la guerra de sometimiento de esa tribu.

—Bien dicen que no hay peor cuña que la del mismo palo.

—Y una cuña como esa lanza sería doblemente dolorosa.

—Las tradiciones del vulgo son de una extravagancia verdaderamente.... romántica, por no decir ridícula. Pero nos desviamos del asunto.

A poco andar se toma el suave repecho, después de pasar el pequeño río llamado Combeima, y entonces, dejando las caballerías cuadrúpedas, se instala uno sobre los lomos de las bípedas, en las toscas aunque seguras monturas que ellos mismos fabrican, quedando en esa posición supina, que podría traducirse por el emblema de un matrimonio desavenido, o de los partidos políticos, espalda con espalda, pero siempre el uno dominando al otro.

—Me gustan las moralejas de usted.

—Por fortuna son moralejas, en diminutivo. La primera jornada es hasta el sitio que llaman La Palmilla:

esto es de cajón, y de allí no pasan los cargueros ni hechos pedazos.

—Y ese capricho, ¿por qué?

—Porque estando muy cerca de Ibagué tienen tiempo de volver a la población, de donde parece que se separan con pesar, y pasan en ella la noche para despedirse con alguna diversión y madrugar a tomar sus respectivas cargas.

—Según veo, esta especie de bogas terrestres son también originales y tienen sus puntos de contacto con los acuáticos o fluviales (1).

—Tiene usted razón: se parecen mucho los unos a los otros, ya en lo semidesnudos, ya en sus cuentos y chistes, ya en lo voluntariosos, y ya finalmente en lo mucho que comen, pues es preciso saber que todo el avío que se saca de Ibagué o Cartago, que por lo regular es abundantísimo, lo devoran en pocos días; la cantidad de carne y panela que consumen es enorme, y frecuentemente el viajero que quiere tenerlos gratos compra en el camino uno o más cerdos para obsequiarlos.

La Palmilla, donde termina la primera jornada, es un sitio pintoresco por su situación: el paisaje que allí se presenta a la vista es verdaderamente encantador, pues desde aquella eminencia se desarrolla a los pies del viajero el más hermoso y risueño panorama que pueda imaginarse, como que abraza todas las faldas y vertientes de la gran cordillera, el plano donde está asentada la ciudad de Ibagué, con todas sus haciendas y labranzas, sus riachuelos y montecillos y la ciudad misma.

—Y no habiendo caseríos en el tránsito, ¿dónde se pernocta?

—Al aire libre, ni más ni menos como lo hacían los patriarcas en aquellos tiempos felices que nos refiere la Escritura. Llega la noche, se suspende la penosa marcha, echan pie a tierra los desorientados viajeros no sin cierta especie de desvanecimiento o mareo producido por el movimiento desigual y de trepidación del carguero;—ni más ni menos como les sucede a los

(1) Los antiguos bogas y champanes del Magdalena son especies ya casi extinguidas.

que viajan por los desiertos de Africa y Asia, montados sobre camellos, animales que, según dicen, tienen un movimiento de balanceo semejante al de un buque en alta mar— y últimamente con una que otra contusión y rasguño, señales visibles de la exuberante vegetación de la montaña. Una vez en tierra, los cargueros se dan prisa a cortar ramas de árboles para hacer largas estacas que, clavadas en el suelo, se cubren después con hojas y ramazón, lo que viene a formar un rancho o tambo, donde se pasa la noche. Estas casas improvisadas y de una arquitectura tan sencilla y ligera como la del *Palacio de Cristal*, no sirven más que una noche, y al día siguiente quedan abandonadas. Por lo regular la ranchería se hace en algún pequeño llano limpio y repuesto, que no faltan en todo el trayecto de la montaña y por donde ordinariamente corre algún arroyo de aguas cristalinas y puras.

—Los fríos y calenturas ¿no son también en esta montaña el resultado de algunos días de marcha, como en Carare?

—Al contrario, el clima de la montaña es el más sano que puede darse; y es fama que no sólo no altera la salud sino que la procura a muchas personas enfermas, no siendo raro entrar a la montaña con algún achaque y salir de ella bueno y sano, con excelente apetito y buena disposición para todo.

—Había oído decir que se estaba abriendo un camino por donde podía transitarse ya en bestias.

—En efecto, hace como diez años se comenzó a abrir el camino y se logró descuajar y banquear una gran parte de la montaña, pero la naturaleza no permite allí mantener abierto por mucho tiempo un camino, pues la vigorosa vegetación se reproduce admirablemente. Sin embargo no deja de trabajarse constantemente, y el presidio del tercer distrito se halla empleado en dichos trabajos, de manera que, según tengo entendido, un gran trecho puede andarse ya a caballo.

—Sería muy importante un camino entre esas dos regiones, cuyo comercio está llamado a ser muy activo.

—En el siglo pasado el Gobierno español abrió uno de herradura que atravesaba la gran cordillera en toda su anchura—parece que por la parte de Herveo— y era bastante traficada, con no poco provecho del co-

mercio y de los viajeros; pero la Patria lo dejó cerrar, o bien por ser cosa del Gobierno opresor, o bien por abandono y descuido.

Al otro lado de la montaña se halla Cartago, primera población considerable de la provincia del Cauca, y poco más o menos en una posición topográfica semejante a la de Ibagué, aunque con muy distinto clima, de manera que estas dos ciudades pueden considerarse como las columnas de Hércules de la cordillera, o como dos centinelas que la guardan de uno y otro lado.

—Y diga usted...

Aquí llegábamos de nuestro diálogo, cuando tres golpecitos dados en la puerta del cuarto por cierta visita no muy oportuna vinieron a interrumpirlo, por lo cual tomé mi sombrero y me despedí, *hasta otro día en que vendrá otra lámina*, y con ella quizá otro diálogo.